

Las glorias de Monterrey

Federico Campbell

La idea de una suerte de ontología literaria, propiamente latinoamericana, se pone en cuestión en estas reflexiones de Federico Campbell sobre la literatura contemporánea en nuestra lengua.

Mi querida Olivia:

Acabo de llegar a Monterrey y me sorprendió que no hiciera el calorón de otros años. Tal vez se deba a las lluvias y a que —me parece— este verano ha sido muy benigno. Antes, como en Mexicali, el *clima* (así le dicen aquí al aire acondicionado) lo empezaban a desconectar a principios de noviembre.

Asistí a las primeras reuniones de los escritores, narradores todos ellos, invitados a disertar sobre la literatura latinoamericana. Hay varios capítulos, y cada quien puede hablar de lo que le dé la gana, mientras aluda —así sea implícita o tangencialmente— a la creatividad literaria de América Latina.

Ayer, CDM afirmó que descreía de la excepcionalidad tanto de España como de América Latina. Dijo que en efecto hubo un florecimiento, más o menos entre 1967, cuando GGM publica *Cien años de soledad*, y 1981, el año en que recibe el Premio Nobel. Esa eclosión, esa madurez, no se da siempre entre los hablantes y los escritores de una cierta lengua. Se dio durante el Siglo de Oro español. Y así sucede en otras regiones y tiempos del planeta. A lo mejor ahora las grandes novelas se están escribiendo en Albania o en algún país del Este europeo, y no en América Latina, en Canadá o en la India, o en Inglaterra y Francia por novelistas originarios de las ex colonias pero que asumen como suyo el

inglés o el francés. Esto no es bueno ni malo, dijo CDM; así ha sido siempre. Hay como un movimiento pendular a lo largo de la historia y en todo caso habría que hacer un análisis de onda larga... o de larga duración, como decía Ferdinand Braudel.

A mí en lo personal lo que menos me interesa de la novela es la geografía. Y su nacionalidad. Creo, con Juan José Saer, que lo que pueda haber de *latinoamericano* en la obra de un escritor debe ser secundario y venir “por añadidura”.

Su especificidad “proviene no del accidente geográfico de su nacimiento, sino de su trabajo como escritor”. Lo mismo podría decirse de la ciudad natal: el lugar de nacimiento es una contingencia y no importa tanto.

No es una impresión mía sino un hecho que la *Amérique Latine* es una invención política francesa del siglo XIX, según me explicaba Antonio Anino. (Los imperios siempre han ejercido el poder de nombrar y de arrebatarlos nuestras propias denominaciones. Date cuenta cómo los gringos se han apropiado de la palabra América para referirse a su país. Los americanos son ellos, no nosotros. A la Baja California, que legítimamente es la que debería llamarse península de California, la han dejado en “Baja” y el río Bravo es para ellos el río Grande).

Pero más allá de esta quejumbre, lo cierto es que sigue siendo una confusión ociosa y un peligro considerar a la literatura latinoamericana como ha hecho la crítica europea, por lo que tiene específicamente de latinoamericana. Este prejuicio, dice Juan José Saer, parte de ideas preconcebidas sobre América Latina y contribuye a confinar a los escritores en el *ghetto* de la *latinoamericanidad*. “Europa se reserva los temas y las formas que considera de su pertenencia dejándonos lo que concibe como típicamente latinoamericano”.

Me pregunto cómo le harían los europeos para catalogar a un escritor como Salvador Elizondo. Sí sé, en cambio, cómo aceptan a Luis Sepúlveda.

No tiene mucho sentido, pues, presentarse *a priori* como latinoamericano. Ciertamente Lezama Lima, Borges, Cortázar, Macedonio Fernández, Clarice Lispector, lo son, pero lo de su nacionalidad o regionalidad viene por añadidura.

La función de la literatura no es la de investigar los diversos aspectos de una nacionalidad, porque no podría hacerlo sino imperfectamente, sin el rigor y el conjunto de posibilidades ofrecidas por otras disciplinas.

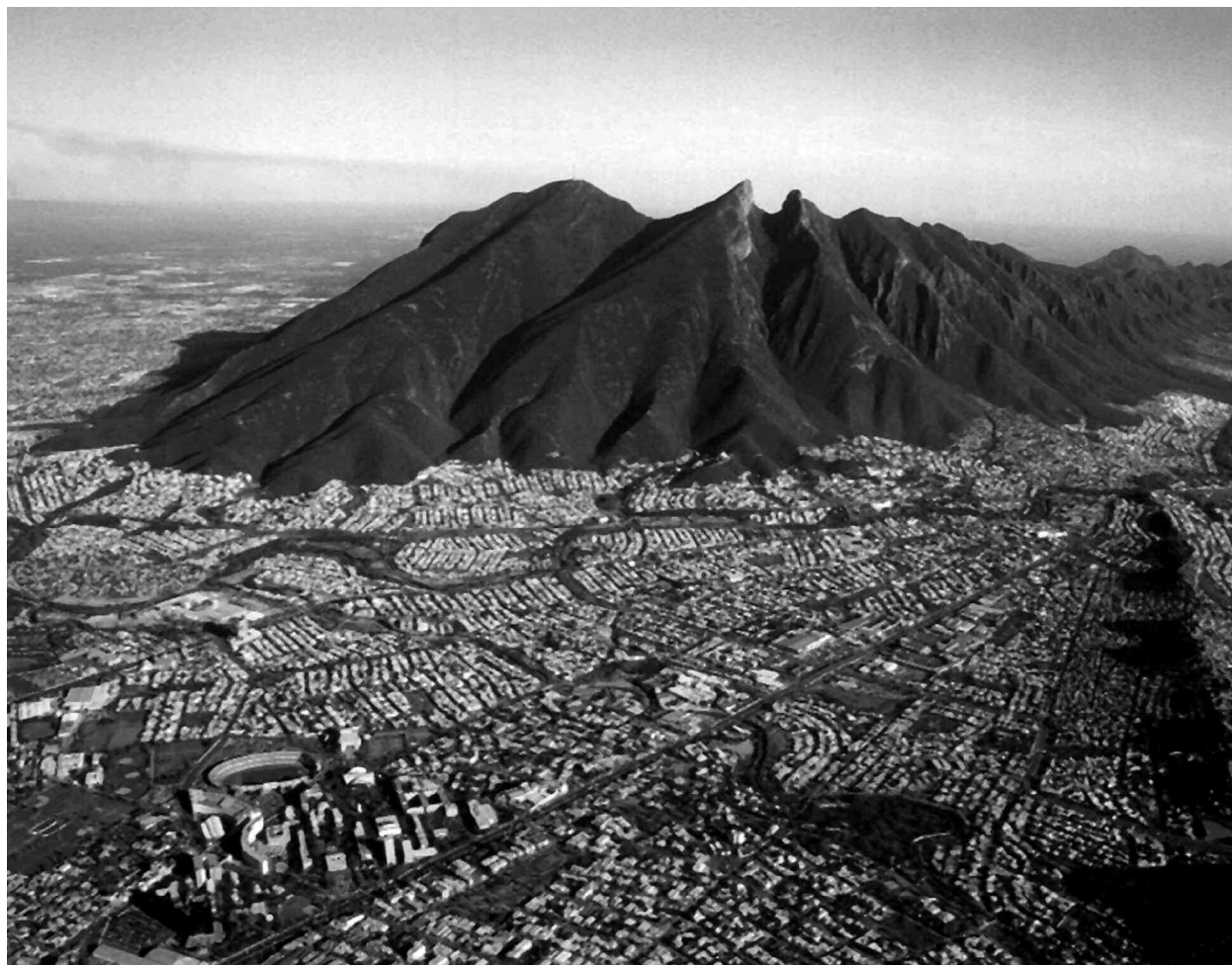
No es menos pretencioso y pueril considerar a la literatura como un instrumento del cambio social. La relación del escritor latinoamericano con la naturaleza

no es más privilegiada que la que tienen otros escritores, de otras latitudes, con su ámbito natural.

“La abundancia, la exageración, el cliché de la pasión excesiva, el culto de lo insólito —atributos globales de lo que se entiende por realismo mágico— atribuyen al hombre latinoamericano, en este vasto paisaje natural químicamente puro, el rol del buen salvaje”, dice Saer.

Me acuerdo, mi querida Olivia, de aquellos años en que compartíamos nuestras lecturas. Nos gustaban muchísimo los cuentos de Cortázar (como “Las babas del diablo” o “Cefalea”), más que de otros narradores. El tono de Cortázar, sus atmósferas, su cadencia de latinoamericano en París, la Maga de *Rayuela*, “Casa tomada”, “La autopista del sur”, *Todos los fuegos el fuego*. Leíamos a Roberto Arlt, a García Márquez, *El matadero* de Esteban Echeverría, *La ciudad y los perros*, los cuentos de Rulfo. Yo mismo estuve en Barcelona en 1970 preguntándole a los escritores españoles qué pensaban de la novela latinoamericana y la conocían a fondo, embelesados y respetuosos.

Alejo Carpentier, en sus últimas páginas, elaboró su idea del barroco latinoamericano y de lo “real maravilloso” y estimó que el escritor de estas regiones cumpliría un papel de nuevo cronista, con los giros propios de su lenguaje, con un nuevo vocabulario. R.H. Moreno Durán retomó la línea reflexiva de *De la barbarie a la*



imaginación y de Henríquez Ureña, y más o menos hubo un consenso —también en los ensayos de Carlos Fuentes y José Luis Martínez— de cuál era el canon de las principales obras latinoamericanas en esa época que tuvo su gran momento, como dice CD, en el tercer tercio del siglo XX.

Pero han pasado más de treinta años desde entonces y ya estamos en otra película: como en una disolución cinematográfica, ha entrado la nueva sangre, las nuevas generaciones y, como dice EM, cada cabeza es un nuevo lenguaje. Cada escritor es un género literario, según LG. Cada quien tiene su sintaxis personal.

RCC ha escrito que la suya es una “generación fría” que no tiene nada que decir, pero tal vez no sepa que en este negocio —según yo— no importa tanto el qué decir sino el *deseo* de decirlo. Y esa pulsión les sobra a los más jóvenes, como GF, MS, VM, AGB, IP, RC, DT, AE, MB, EAP, JH, LFL y todos los menores de cuarenta años.

No importan los géneros. Lo único que hay es narrativa, dice Doctorow. Y así parecen hacer ver los nuevos narradores mexicanos: EM, MGS, JJR, AC, AGM. Donde termina mi narrativa, termina mi mundo, siento que quieren decir, parafraseando a Wittgenstein, autores como CS, PM, BE, AC, RS y AC, que según confesión propia se sienten más cerca de la literatura europea que de la latinoamericana, aunque no dejan de conmovirse con el enorme Julio Cortázar y con el hijo del telegrafista de Aracataca.

En otros ámbitos hemos empezado a leer a novelistas que ya tenían muchos años escribiendo pero no los conocíamos, como a Fernando Vallejo, Alan Pauls, Ricardo Piglia, que tiene mi edad, César Aira y Juan José Saer.

Ricardo Piglia, relanzado ahora desde el cártel de Barcelona, se encuentra ya de este lado del llamado florecimiento de la novela latinoamericana (el de Vargas Llosa, García Márquez, Carlos Fuentes, Cortázar, José Donoso) y cree que la literatura argentina, construida sobre la llanura y el vacío, se ve menos extranjera en relación con la europea que con la latinoamericana. Lo que él piensa es que tal vez en el futuro se hablará más bien de *tradiciones regionales*: la literatura rioplatense o andina o caribeña.

Quien sabe mejor de estas cosas, desde el punto de vista histórico y crítico, es R.H. Moreno Durán. Lo ha estudiado todo (también son muy notables los estudios de Jean Franco, que toda su vida le ha tenido un gran amor a nuestras letras) y sigue creyendo, Moreno Durán, que la imaginación —sobre todo en Colombia, quién lo creyera— sigue prevaleciendo por encima de la barbarie. Pero lo que se le ha metido en la cabeza, como a mí, es que nuestra selva espesa es la ciudad. La ciudad es nuestro Amazonas, nuestro Orinoco, nuestro Papaloapan, Mexicali es el río Colorado.

En la América Latina post Carpentier, el lenguaje se sigue reinventando. La obra genial del hijo del telegrafista no terminará nunca de estar vigente, a tal grado que podría trazarse un arco histórico desde 1605, fecha de aparición del *Quijote*, hasta 1967, cuando da a conocer *Cien años de soledad*. Pero la vida sigue y la sangre nueva entra palpitando por la selva urbana.

“La ciudad —la metrópoli y la extramuros— es de por sí una metáfora: biblioteca o casa, útero o laberinto, *ghetto* o manicomio, que se expresa en un lenguaje plural, bastardo, babelizado, en pos de un orden y un sentido. La ciudad busca su novela pero también su gramática”, dice Moreno Durán.

A mí me gustaría oponer a la noción de barroco de Alejo Carpentier la idea de campo lacónico que son nuestras ciudades. No porque la prosa sea ahora lacónica (lo que no le quitaría lo poético, como en Juan Rulfo) sino porque en la concepción del urbanista Richard Ingersoll vivimos en ciudades deshumanizadas, en paisajes sin acontecimientos espaciales, privados de comunicación arquitectónica; en otras palabras: en un campo lacónico.

Vivimos en una especie de alfombra sin fin compuesta de retazos o enclaves distintos. La megalópolis dispersa en aquel lugar en el que las señales comunican más que los edificios.

El arquitecto Richard Ingersoll piensa en el barrio de Santa Fe en la Ciudad de México, que dentro de diez o quince años ya no va a tener agua. Los búnkers y las patrullas, las pandillas, las zonas de guerra en que se han convertido ciertos barrios, no sólo nos recuerdan a Esparta —dice Ingersoll, a quien, como digo, debemos el concepto de campo lacónico—, porque Esparta era una ciudad Estado poblada por unos 200,000 habitantes que vivían en un territorio de 3,000 kilómetros cuadrados conocido como Laconia, de donde procede el adjetivo de “lacónico” (conciso, de pocas palabras). Una ciudad militarizada, como las nuestras, que no necesitaba de murallas y podía extenderse en sus lacónicos espacios vacíos porque, como decía Tucídides, sus soldados eran sus murallas.

Así, pues, mi querida Olivia, ya te has de imaginar que me puse a escribirte esta carta porque no tuve tiempo de escribir mi ponencia y no quería ser tan lacónico como CD, que habló exactamente ocho minutos.

No es la primera vez que vengo a Monterrey. Estoy en el Hotel Ancira, el hotel más bello de la República. Es de principios de siglo, me parece. También vine aquella vez, ¿te acuerdas?, cuando tenía veinte años y fui a ver a Felipe y a la Chava en Lampazos, un pueblo minero absolutamente fantasma como los de Juan Rulfo.

Te compré unas glorias, que ya te mandaré con alguien que venga de Tijuana, si es que no me las como yo antes en el avión. ■